

# Juan Larrea, aventurero del espíritu

**E**l centenario del nacimiento de Juan Larrea no ha propiciado celebraciones ni estudios acerca de su escritura, ni siquiera entre sus paisanos. No es que resulte extraño, habida cuenta de su discreta posición de ilustre desconocido en la literatura hispánica. Ni siquiera la noticia de su muerte fue comentada a tiempo en su patria, ya que no se hizo pública hasta dos meses después de ocurrida<sup>1</sup>.

Por lo que a él se refiere, no le podía importar nada, al dedicar toda su atención al mundo del espíritu, que es individualista y a menudo incommunicable. Pero sí sorprende la desatención por parte de quienes tienen el encargo político de procurar la difusión de la cultura. Se diría que sólo importuna su nombre a unos y a otros, por su carácter de investigador del espíritu en un mundo inquieto únicamente por cuestiones materiales. Y sin embargo, precisamente por sus meditaciones espirituales, convendría que se divulgara mucho su escritura.

Ya en vida resultó un escritor marginal. Hubo un tiempo en que hasta se dudó de su existencia real, y se creyó que su nombre era un heterónimo de su antiguo condiscípulo en la Universidad de Deusto y constante propagandista suyo, Gerardo Diego. Es verdad que a Larrea no le inquietaba al editar sus escritos y que su amigo se ocupó de hacerlo: envió sus poemas a revistas juveniles en las que él mismo colaboraba, los incluyó en su revista *Carmen* y en las dos antologías de *Poesía española* que editó en 1932 y 1934, y los tradujo desde que Larrea decidió escribir los versos en francés; fue un agente literario honorífico.

El primer libro de Larrea, *Oscuro dominio*, apareció en México en 1934 porque Gerardo Diego remitió los originales a unos amigos impresores. El autor no intervino en el asunto, aparte el hecho de la escritura de los textos, como es natural.

<sup>1</sup> Juan Larrea nació en Bilbao el 13 de marzo de 1895, y murió en Córdoba (República Argentina) el 9 de julio de 1980.

## Razón del creacionismo

No se encuentra una explicación aceptable para esa postura de Larrea ante sus poemas. Su dedicación inicial a la escritura se vehiculó en verso, a sus diez años, según propia confesión, y a los diecinueve empezó a publicarlos. Náufrago solitario en la preparación de oposiciones, los versos constituían sus llamadas de socorro, la vinculación a la sociedad.

El 2 de mayo de 1919 fue una fecha histórica en su vida. Gerardo Diego lo visitó en Bilbao, y le mostró tres poemas copiados por él a mano de los *Poemas árticos* de Vicente Huidobro. Al encontrarse con el creacionismo en las realizaciones prácticas de su definidor, descubrió Larrea la verdadera dimensión de la poesía, que ya presentía en su conciencia, pero sin lograr describirla. Huidobro le explicó la razón de ser de sus afanes literarios, que resultó innata en él. Así se lo comunicaba poco después a Gerardo, en carta del 9 de junio:

Estos días estoy como un poco desorientado, me cuesta mucho trabajar; lo que he hecho arranca de Huidobro en línea recta, pero aguardo un despertar con nuevos derroteros. [...] Veo una relación estrecha entre la manera creacionista y mi estilo antiguo [...] Todo lo presentía y quizá lo halles repasando algunas poesías antiguas<sup>2</sup>.

Tanto el definidor del creacionismo, Vicente Huidobro, como su único continuador contumaz, Gerardo Diego, publicaron muchísimos poemas, y lo estuvieron haciendo hasta el final de sus vidas. En cambio, Larrea no atendió a las ediciones, y a partir de 1932 dejó de componer versos. Parece ser que consideraba la escritura en verso como un primer paso para la ejecución de la poesía en la vida cotidiana. Se centró desde entonces en investigaciones espirituales, que sí se ocupó de publicar.

## Espíritu de profeta

Como quiera que el siglo XX ha destruido las fronteras que hasta entonces separaban a las artes, sabemos que el poeta no precisa componer versos, puede expresarse perfectamente en prosa. Las experiencias realizadas por los escritores de vanguardia, hoy ya unos clásicos en las bibliotecas, propiciaron la poesía sin lógica, sin palabras, sin letras y sin poesía.

Juan Larrea es uno de los poetas más interesantes del siglo XX, tanto por sus escritos en verso como por sus ensayos en prosa, y sobre todo por su actitud vital absolutamente poética. A esa actitud vamos a referirnos ahora nada más, puesto que el análisis de sus poemas estrictamente tales requiere un grueso volumen, y mucho más el comentario a sus ensayos.

<sup>2</sup> Juan Larrea, *Cartas a Gerardo Diego, 1916-1980*, ed. de Enrique Cordero y Juan M. Díaz de Guereñu, San Sebastián, Univerisdad de Deusto, 1986, p. 91.

Lo que deseamos resaltar es la actitud de Larrea como poeta en su aventura espiritual. Es apasionante, un caso especial en la historia de la literatura contemporánea. Las intervenciones del Espíritu sobre su vida, según él mismo relató, fueron decisivas, y urdieron sin cesar lo que en vulgar romance llamamos casualidades o azares del destino.

Para muchos vanguardistas el arte constituía un juego o un pasatiempo intrascendente. No lo entendían así los creacionistas, y menos que nadie Larrea. Estaba convencido de que el poeta está encargado por el Espíritu de realizar una misión y ha de cumplirla con responsabilidad. Para ello le guiará el Espíritu mismo, con tal de que el poeta sea dócil a sus dictados.

En la tradición judeocristiana, los portavoces de mensajes ultraterrenos son llamados profetas. Por ejemplo, destacó el acierto de las profecías anunciadas por Rubén Darío respecto a Francia, a Israel, a la Argentina y a Hispanoamérica en general<sup>3</sup>. Se sabía, en consecuencia, llamado a anunciar un acontecimiento. Y asumió su papel en el gran escenario del mundo.

## Muerte en el alma

También es sorprendente, pero las intervenciones del Espíritu suelen resultarlo, que Larrea uniera su suerte literaria a la de César Vallejo. Su afinidad en muchos aspectos está muy clara, aunque en otros diferían de manera notoria. Se encontraron en París en 1924, como consecuencia de una visita que Larrea hizo a Huidobro. Lo curioso es que los dos sudamericanos se detestaban, y el vasco logró ser amigo de los dos, aunque su unión con el peruano llegó a un grado de intensidad intelectual que no se produjo con el chileno.

En febrero de 1926 se instaló Larrea en París, que fue su residencia habitual hasta 1935. Su amistad con Vallejo se intensificó y se identificó. Juntos buscaban el sentido del vivir:

En aquel Montparnasse desesperado y anárquico de 1926, figurábamos a la vanguardia de la milicia que había entablado resueltamente el combate con el ángel y que cultivaba con delirante delectación, frente a un mundo insignificante, la muerte en el alma que cada cual paseaba consigo. Arma única a nuestro alcance, por lo menos al mío, para abrir paso a la conciencia a través de mi individualidad, librándola de la cárcel de mí mismo, y salir al encuentro de una realidad viva y trascendente<sup>4</sup>.

Consecuencia de esa situación anímica fue el descaro con el que ambos se dirigieron a los lectores de su revista *Favorables París Poema*: en el primer número, fechado en julio de 1926, incluyeron una tarjeta con esta advertencia: «César Vallejo y Juan Larrea solicitan de usted su más resuelta hostilidad». Es el resultado de la permanencia en esa cárcel del mundo

<sup>3</sup> Juan Larrea, *Intensidad del canto errante*, Córdoba (República Argentina), Universidad Nacional, 1972.

<sup>4</sup> Juan Larrea, «15 de abril. Memoria de César Vallejo», en *España Peregrina*, núm. 2, México, D.F., marzo-abril 1940, pp. 121 y ss.

o caverna de los sentidos, que se halla vigilada por una sociedad humana ignorante del más allá donde reina el Espíritu. Hay que rechazar las trabas materiales y a quienes las colocan.

## Posición política

Larrea había encontrado en Vallejo un arquetipo de su concepción del poeta en el mundo actual. Pero se sintió defraudado cuando el autor de *Trilce* ingresó en el Partido Comunista: al poner su escritura al servicio de una causa política, aunque se trate de una causa tan digna como la terminación de la opresión económica sobre el proletariado, desvirtuó su misión de poeta.

A semejanza de los profetas veterotestamentarios, el poeta debe hablar, pero sin comprometerse con un partido político. Lo cual no implica ningún rechazo de la actuación política: así es como Larrea estuvo siempre al servicio de la República Española sin militar en un partido. Lo hizo antes y después de la rebelión de los militares en 1936, y su actividad prosiguió en el exilio mexicano primero y argentino después.

Tuvo una claudicación disculpable: había asegurado que no regresaría a España mientras no fuese demolido el llamado Valle de los Caídos, símbolo y tumba del franquismo. Sin embargo, en diciembre de 1977, dos años después del entierro del dictador, aceptó una invitación del Ministerio de Cultura para presidir en Madrid la inauguración de la exposición *Artistas del 27* y que se organizó para conmemorar el cincuentenario del grupo del 27, al que Larrea pertenece por su amistad con Gerardo Diego, uno de sus aglutinadores, que no por una actuación propia.

Es disculpable que volviera sin cumplir su promesa, porque a los 82 años sabía que no podía esperar mucho más tiempo. Además aprovechó el viaje para presentar su libro *Guernica*, dedicado a glosar la simbología del cuadro de Picasso, emblema de la lucha contra el fascismo. Así compensaba su situación.

Se llamaba Juan, como el precursor y el discípulo más amado del Cristo. Su voz tonante, como la de ellos, en el anuncio de un reino que no está en el mundo todavía, y que ningún partido político está facultado para representar.

## Reino del espíritu

Sus lecturas de Rubén Darío, el primer poeta que le interesó, y su amistad con Huidobro y Vallejo le animaron a preocuparse por el Nuevo

Mundo, en el que se situaba el dominio del Espíritu. Sentía la atracción de aquel continente en el que viajeros antiguos creyeron encontrar el paraíso perdido. Para Juan Larrea significaba el reino espiritual que acabará implantándose en toda la Tierra para constituir una sociedad espiritual:

[...] *la realización histórica de la entidad anhelada con el nombre de Ciudad o reino de Dios no es otra cosa que la instauración de una sociedad universal ajustada en cuanto a su morfología orgánica a la teomórfica del ORBE de la Tierra. Padre, Hijo, Espíritu: Asia, Euro-Africa, América. Sólo en uno de estos bloques, el bloque clave en que se realiza, con la universalidad, la identidad del Ser, América, presenta figura concreta el esquema universalicio*<sup>5</sup>.

En enero de 1930 hizo su primer viaje a América, en concreto al Perú de Vallejo. Allí nació su hija Luciana, y allí le sucedieron varios acontecimientos que le confirmaron en su creencia ya entrevista de su elección como poeta encargado de anunciar la venida del Espíritu. Como un signo de ella recibió la noticia de la proclamación de la República Española el 14 de abril de 1931, cuando él mismo acaba de sufrir una intervención quirúrgica. Todo su mundo se modificaba desde su fundamento.

De nuevo en Francia desde agosto, el impacto americano se dejó sentir en su pensamiento. Ya nada volverá a ser igual a como lo contempló hasta entonces. En 1932 compuso los últimos versos. Después abandonó «el ejercicio literario de la poesía», como él mismo dijo en su carta abierta a Pablo Neruda. Desde entonces se integró en la poesía y no necesitó hacer versos.

## La experiencia poética

La aventura espiritual de Juan Larrea había encontrado su destino. Desde entonces se dedicó a realizarlo, ya con el conocimiento del fin necesario. La poesía no precisa vehicularse en el verso, sino que puede manifestarse por los medios y materiales más variados. Incluso en piedra. Así lo explicó en un escrito fechado en diciembre de 1956, «Reconocimiento al Perú»:

Poesía lapidaria a fin de cuentas, difícilmente más refinada a la vez que más sincera, más en bruto.

Poesía, sí. No por exánime casualidad las palabras de un afamado teorizante moderno en disciplinas poéticas recurrieron, para definir como en sueños el arte absoluto de sus búsquedas, a su comparación con el arte en que no admiten par las piedras —por él ignoradas— del Cuzco. [...]

Quien esto escribe está hablando por experiencia muy personal. Y lo hace en estilo poético porque el carácter de dicha experiencia, lo mismo que su proyección, así lo piden. En efecto, en febrero de 1930 llegó al Perú embarcado, como «aventurero del

<sup>5</sup> Juan Larrea, «Rendición de Espíritu (Introducción a un mundo nuevo)», México, D.F., Cuadernos Americanos, 1943, t. II, pp. 216 y ss. *Cursivas y versales son del autor, naturalmente.*